

## ORAR ES ANDAR CON DIOS...

La Biblia es la historia de una larga relación, del ser humano con Dios o mejor de un Dios que se mete en la historia temporal del hombre y camina con él. El culmen de este proyecto de Dios es el misterio de la Anunciación cuando Dios nos comunica que ha elegido una mujer y se ha hecho carne en ella. En ese momento, Jesús, el Cristo, pasa su brazo por encima del hombro de la humanidad y acompasa su paso con el nuestro.

El libro de los salmos es la vida del pueblo hecha oración. En el salmo 114, se presenta el camino como imagen de la vida que la humanidad y cada hombre, cada mujer debe recorrer. El salmista canta: "Caminaré en presencia del Señor" y esto ¿qué significa? ¿Qué quiere decir "andar en la presencia de Dios"?

Este es un salmo de consuelo y aliento. La frase que se canta como respuesta: "Caminaré en presencia del Señor", podría ser un hermoso lema para cada día. No es lo mismo vivir ignorando a Dios, inmersos en las preocupaciones de la vida cotidiana, que ser consciente de que cada paso que damos, cada segundo de nuestra vida que se desliza, transcurre ante la mirada de Alguien que nos contempla con amor.

Brian Pierce o.p. en su libro Caminando Juntos dice "Como espirituales del siglo XXI, nosotros, al igual que nuestros antepasados, estamos transitando un camino, un camino que se despliega paso a paso. La práctica de la conciencia plena nos enseña a saborear cada paso, vivir el momento presente en toda su plenitud conscientes de que el Reino es ahora o nunca". Algunas veces el camino (espiritual) puede resultarnos un tanto oscuro o podremos preguntarnos, si estamos en la dirección correcta. Como dice Merton en su oración a Dios: "Siempre confiaré en ti aunque parezca perdido". (Cfr. Caminando Juntos. Brian Pierce.O.P. Ed. Bonum. Bs.As. 2007 p.327)

El salmo relata una serie de circunstancias adversas. Ya sea por acontecimientos externos, o porque dentro de nosotros mismos descubrimos abismos (valles tenebrosos). Sin dramatizar, ¿quién no se ha sentido atrapado, angustiado, caído y envuelto «en redes de muerte»?

El salmo 114 es una llamada a la esperanza y a confiar en Dios, teniéndolo siempre presente en nuestra vida. Vivir conscientes de la presencia del Señor ha sido una constante en la vida de los santos. Y ese «país de la vida» es una hermosa expresión que no significa otra cosa que una existencia densa y llena de sentido, porque sabemos que Dios la ha querido y la ama.

Orar es andar en la presencia de Dios. Es animarse a seguir, a caminar aunque no se vea una huella firme. A lo mejor al mirar la ruta no se ve el trillo. Dios pide confianza, poner en Él la seguridad. Animarse a dar el paso, a apoyar el pie sin ver la tierra firme, sin ver la huella segura a seguir. La imagen de la vida espiritual como una ruta que se despliega a medida que la transitamos, es una invitación a vivir la vida con una profunda confianza. Vivimos en una época en la cual la seguridad tanto personal como nacional se ha convertido en una especie de idolatría, adoramos todo lo que nos haga sentir seguros. Abrazar la vida con el espíritu de un itinerante que camina un día a la vez, completamente inmerso en el momento presente, sin necesidad de asegurarse el futuro, es vivir con libertad. Esto va de la mano con el planteo de presencia de Dios y de oración. Para hablar en términos actuales podría decirse: "andar la vida en modo oración" poder caminar mientras hablo de amistad con quien sé que me ama, diría Santa Teresa. Entonces mi andar será firme, seguro, "sé de quién me he fiado" dirá Pablo. Estoy en su presencia, aunque cruce oscuras quebradas y tenebrosos valles dirá el Salmo 22. El creyente podrá vivir en confianza el momento presente y también puede confiar a su Dios el futuro.

“Andar en la presencia de Dios” es la expresión que utiliza la Biblia para caracterizar a algunos personajes no tan nombrados del Antiguo Testamento. Dice el Gn 5,21 “Tenía Enoc sesenta y cinco años de edad cuando fue padre de Matusalén. **Enoc anduvo con Dios** y vivió después del nacimiento de Matusalén trescientos años y tuvo más hijos e hijas. En total, Enoc, vivió trescientos sesenta y cinco años”. “Andar con Dios,” una expresión que nos habla de familiaridad, de cotidianidad. Y unos números que nos hablan también de algo importante. Trescientos sesenta y cinco son los días de un año. ¿Será que Enoc andaba todos los días con Dios? ¿Todos los días y cada uno de los días del año en su presencia?

El autor de la carta a los Hebreos también resalta la fe de Enoc (Hb 11, 5) y haciendo alusión a su muerte utiliza el término “Dios se lo había llevado”. Esta imagen denota cercanía, familiaridad, preocupación de Dios por Enoc.

Aparece en el Génesis otro personaje, sin previa presentación: Noé. Y se afirma de él que se había ganado el cariño de Dios. Dice “Era un varón justo y perfecto entre sus contemporáneos. **Andaba con Dios**” Gn 6,9. Nuevamente la expresión “andar con Dios”. Es su amigo, y Dios le cuenta sus planes, lo salva del desastre del diluvio, le da las indicaciones para que la vida siga presente en la tierra y hasta las medidas del arca...

Si seguimos escrutando en la Biblia, el profeta Miqueas nos mostrará lo que es bueno, lo que Dios reclama de nosotros: “Se ta ha dicho, lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan sólo que practiques la justicia, que seas amigo de la bondad y **camines humildemente con tu Dios**”. (Miq. 6,8). Vuelve a aparecer esta idea de “andar con Dios”.

Zacarías, en el Benedictus también nos habla de andar en la presencia de Dios. Todos los días rezamos su cántico al comenzar la mañana: “Para concedernos que libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, **en su presencia todos nuestros días**” Lc. 1,74. Todos es la totalidad, que ningún día nos falte su presencia, ni nos escapemos de esa presencia. Cada día le pedimos a Dios, caminar en esa presencia, en su compañía, hasta la noche y después de la noche también, o sea siempre.

La oración surge del anhelo, de la necesidad, del amor... o de todo ello a la vez. Sólo donde hay deseo y esperanza, donde hay hambre y sed, donde hay ternura y pasión, donde hay gozo y entrega, puede haber oración. Y todo proceso de oración, sea cual sea su origen y raíz, si se cuida y practica, termina siendo encuentro de dos gratuidades: la de Dios, que siempre nos primerea, y la nuestra, que nace como respuesta a todo lo que vamos descubriendo y experimentando, “andando en su presencia” “andando con Él”, en la vida.

Vivir nuestra vida de forma atenta y consciente desde Dios, creyendo que “en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch. 17, 28) da pleno sentido a nuestra existencia y a cada acontecimiento de nuestra historia: eso es orar. Desde Dios, nuestra vida recobra impulso, esperanza, libertad, anhelo de justicia y fraternidad, capacidad de decisión y sufrimiento, responsabilidad, alegría... para vivir creando vida.

Estar, permanecer, poner toda nuestra vida bajo la presencia de Aquel que sabemos nos ama, eso es orar. La oración es esa dimensión de nuestra vida que busca y cultiva la relación exclusiva y consciente con Dios y que hace posible que Él baje a mi vida, que mi vida se eleve a Él para que yo pueda vivir en contacto con Él a lo largo del día.

Te invitamos a orar con esta imagen de Millet



Mira la imagen. Contempla todos los detalles. ¿Qué está pasando en esa imagen? ¿Qué suscita en ti? En el lienzo el artista reprodujo el momento en que una pareja de jóvenes campesinos está en actitud orante. El hombre y la mujer agachan piadosamente sus cabezas, tomando él su sombrero y llevando ella sus manos al pecho. La escena se desarrolla al atardecer, razón por la cual las dos figuras quedan envueltas en zonas de luz y sombra respectivamente, inmersas en un contraste lumínico de gran belleza. Recogimiento, humildad, ponerse en la presencia de Dios.

El campanario de la Iglesia que se ve a lo lejos ha anunciado la hora de la oración. Los dos dejan su trabajo. La tierra labrada, el cesto con papas, la herramienta, -una pala de dientes dejada en el suelo- indican el paréntesis que estos dos campesinos han hecho para elevar su corazón y su mente a Dios y recordar su presencia. Santifican el día en ese diálogo con su Dios.

Hoy podemos volver a escuchar a cierta distancia esa “campanada” que nos pide dejar el trabajo, dedicar un día más enteramente al encuentro y al diálogo con Dios... Tomar conciencia de su presencia... Visualizar si en mi camino voy andando con Dios... Oigo las campanadas... Repaso mi vida y voy viendo qué “herramientas” voy dejando en el suelo... Qué cosas tengo en el cesto... qué labranzas suspendo en el terreno que me rodea.

Miro y rezo.... como estos campesinos me detengo, paro, dejo todo lo que traigo y comienzo mi encuentro con el Señor...